



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.

Horas: de nueve mañana á una tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

- CÉSAR JALÓN
Sección vermouth.
- ANGEL G. LUGEA
Bufonada.
- ANTONIO CINTOS SANTIAGO
Los mansos.
- JOSÉ M. BRAÑA
Corazón.
- FANDOR
Indiscreciones galantes: Adela
Lulú.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- BONIFACIO
En los nudillos.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
¡Suerte que «tié» una! ¡Psalí!
- FRANCIS FONT-PERXÉS
La hora romántica.
- LUIS ESTESO
Chascarrillos y epigramas.
- LEOPOLDO CASTROJERIZ
Cuentos viejos contados por un
mozo.
- TINO, BÉTICO, PINGARRÓN,
MATEOS, NAO y M.-S.
Varios dibujos y retrato de An-
gelita Collados.



ANGELITA COLLADOS

Del célebre dueto «Las Tanagras», que tantos éxitos alcanzaron el invierno pasado en el teatro Madrileño, y que seguirán alcanzando

Biblioteca Regional de Madrid mujeres de «abrigo»!

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

«Toques» al aire libre.

Los espectáculos al aire libre tocan á su término, lo cual quiere decir que los espectadores han terminado, por este año, de «tocar» al aire libre lo que no era precisamente el aire libre ...

Otro tanto que á los espectadores les

LAS QUE NO SE MAREAN



—¿Tampoco hoy se marea usted con los movimientos de la mar?

—No, señor. ¡E:ta una muy acostumbrada á la mar de movimientos!...

ocurrirá á los directores y negociantes artísticos, que, por no ser cortos de manos—ni cortos ni perezosos—, habrán tenido que aguantar más de un corte de mangas.

Cerrado violentamente el Retiro antes de que se abriesen ó resquebrajasen más aún las costumbres municipales; clausurado el Magig-Park por voluntad propia de su empresario, el señor Mimon (¡cuidado, cajista!); dando las boqueadas Versalles y el Polo Norte, y agonizante El Paraíso, en donde se aplaudieron obras tan amenas como «La Escuela de Venus», letra de los Sres. Casado y González Lara y música del maestro Millán, no tendrán más remedio los aficionados al «toqueo al aire libre» que irse con la música á otra parte para, ¡oh, paradoja!, poder seguir tocando en la «misma parte»...



Modelo ejemplar de «tocadores» es el señor don Juan Rana, con la particularidad de que es también modelo de «danzantes».

Rana ha logrado convencer á cuatro ó cinco ciudadanos de menor cuantía de que su poder en la Prensa es ilimitado. «¡El teatro que yo quiera echar abajo—suele declamar—caerá como si fuese presa de un incendio!» O bien: «¡La artista que no me obedezca se hundirá cual si se cayese con todo el «equipaje» en alta mar!» Y, á título de «hombre de Prensa», este danzante, que con «un clavel nuevo en una americana vieja», se pasa el día y la noche limosneando la inserción de sus «aterrantes» gacetillas en los diarios madrileños, se busca las pesetas para el condumio cotidiano y el «remedio» más económico para refocilar su carne concupiscente...

Rana no hace, según se dice, otra cosa que «tocar»; pero ¡vive Dios que es un gran tocador!; y ¡guay de la artista que cae por su banda!...

¡Sí; porque es lo que él dice: «Las toco porque caen por mi «banda», y las «bandas» se har hecho para «tocar».

Lo mismo que á las bandas ocurre, por lo tanto, á las pezñas de Rana—no confundirse con las ancas—; esto es: que también se han hecho para tocar...



Pues en los Jardines del Buen Retiro ha debido haberlos como mantas. ¡Como mantas y como «Ranas»!

Sino que allí hubo artistas que, por lo visto, ó, mejor dicho, por lo no visto, no quisieron bailar al son que pretendían tocarlas...

Y la revolución que se armó con los contratos dejó chiquita á la Revolución francesa. ¡Como que fué preciso suprimir los contratos; y, aunque eso se debe dar «algún que otro puñetazo» con la legalidad, las artistas se vieron forzadas á trabajar sin contrato para evitar que se diesen «algún que otro puñetazo» los concejales!

¡Y aquí, es decir, «allí» fué Troya!

—La «Fulana», que acabe hoy.

—No puede ser: lo tiene (el contrato) de siete días.

—Mas que lo tenga de nueve meses...

Acaba hoy.

—Además, es recomendada del señor Fulano...

—¡Que sea! ¡A ver si vamos á pagar las «consecuencias» de ese señor!...

Y así, cada lunes y cada martes, siempre en continua discordia municipal sobre qué artista debía cesar en el pago de las consecuencias de un edil para que empezara cuanto antes otra á liquidar otras consecuencias de otro edil.

Mientras tanto, los agentes artísticos se deshacían los sesos «barajando» combinaciones que luego los concejales cortaban por donde les venía en gana y cuando les venía.

Y, lo que no podía menos de suceder, alguna voz superior, comprendiendo inútil dar un «toque de atención» donde ya se habían dado todos los toques y más de una carga, ordenó el cerrojo del Retiro cuando todavía quedaba medio mes de temporada...

Y el Concejo fuese asimismo con la música á otra parte...



Así, pues, despedimos á los «tocadores al aire libre» hasta el año próximo, deseándoles que descansen lo menos posible de sus faenas del verano y

recomendándoles el «cine» como magnífico espectáculo de invierno...

Y hacemos votos por que el Retiro se arriende en época oportuna á una Empresa particular, con lo que los ahorraremos de cortar un traje, también de época oportuna, á los concejales, y con lo que se ahorrará mucho dinero el Ayuntamiento...

CÉSAR JALÓN.

LA ESCONDIDA SENDA



—¡Anda! No han hecho más que llegar y ya saben el camino como si fuesen del pueblo.

BUFONADA

Dejadme que me ría. No he querido abandonar la alcoba un solo instante; pero ya que ha nacido el nuevo infante, de debajo del lecho me he salido.

Me voy á reventar. Es negro y lacio, y parece que viene jorobado; el rey está que trina, y ha intentado tirarlo á una letrina de Palacio.

La reina, desmayándose á su gusto, aún no ha visto que el niño tiene el busto del viejo capellán que la confiesa.

¡Reventará la nube? No me fio; andan diciendo que el chiquillo es mío, y si el rey cree aquesto, ¡me atraviesa!

LOS MANSOS

Don Homobono estaba satisfechísimo de la vida. Gozaba de un empleo del Estado en una capital de provincia de tercer orden y de una mujer de la que se hallaba enamorado en grado superlativo, y que no tenía otro defecto que ser veinticinco años menor que él.

Julita era una de esas morenas que recuerdan á la hembra gitana, ardiente, de ojos negros y formas repletas y apretadas. Excusado es decir que la tal morenita tenía al retortero una

pléyade de adoradores que pretendían gustar de sus incitantes morbideces.

Mas la «casta» Julita rechazaba indignada y exteriorizando su desagrado las «monstruosas» pretensiones de aquellos numerosos golosones que se desquiciaban por libar en el rico panal de la adorable casadita; pero no todos parecíanle á ella costal de paja, y en más de una ocasión concedía sus favores á uno de los asiduos cortejadores, por el que se encontraba encaprichadilla y hasta un poco enamoriada.

La adúltera aprovechaba la ocasión de gozar de su amante los días que el «bueno» de don Homobono se ausentaba de su hogar, requerido por las necesidades de su cargo y los en que el cónyuge pasaba con sus amistades en diversiones más ó menos triviales.

Los amigos del probó funcionario invitaron a éste á una partida de caza, que se verificaría en los montes próximos, propiedad de uno de aquéllos. La fiesta cinegética duraría, por lo menos, una semana, con gran contento de la encantadora Julita.

Fué llegado el día de la partida, y don Homobono salió satisfecho de su casa provisto de la correspondiente escopetilla de los cañones, morral, canana y demás artefactos relativos á semejante «sport», no sin antes haber abrazado y besuqueado á su bella esposa y aconsejarla que, durante su ausencia, «fuese buena».

A Julia parecióle muy natural el consejo de su esposo, y dispúose á cumplirlo al pie de la letra. ¡Ya lo creo que sería buena!... Podría dar testimonio de ello el afortunado merodeador del cercado ajeno con quien entretendría sus ocios de mujer alejada del marido.

NO HAY RECIPROCIDAD



—¡Por Dios, Aurorita, sácame!

—¡Sí, ahora, mucho sácame, y cuando yo te lo digo á ti...

—¡Pero si tú no me lo diges, nunca!

Biblioteca Regional de Madrid

Mientras tanto que don

Homobono subía y bajaba montes, exploraba peñascos, internábase por la espesura en busca de la codiciada caza, su Julita, «la buena», pasaba la enebrosa soledad de las veladas en compañía de la juventud de los veinte años de su amado.

Don Homobono, allá en los montes, había cobrado un hermoso ciervo. Ya lo dijo á sus amigos: conservaría la testa del venado para adorno de su despacho y recuerdo de aquella fiesta.

II

Apremiado por asuntos urgentes, tuvo que regresar, con gran sentimiento, á la población, antes del tiempo que él pensaba holgar. A su tristeza sucedióle pronto la alegría al pensar en su casita, donde le esperaba con «ansiedad» la bellísima Julia... ¡Al fin, veinticinco años, señor!; edad en que la abstinencia del amor es un martirio.

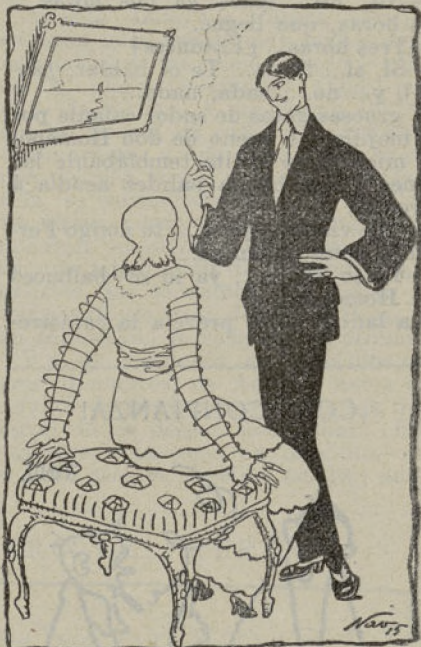
Mientras más se acercaba á su casa, más fuerte le latía el corazón. ¡Qué estaría haciendo su mujercita en aquel momento? Ella no sabía nada de su rápida llegada.

¡Por fin!... Atravesó el amplio portalón de la propiedad, y penetró en el vestíbulo. Sus ojos se fijaron en el perchero colocado allí. ¡Un sombrero! ¡Qué raro!... ¡De quién sería!... Tonto era si pertenecía á él... ¡Qué memoria la suya! Cogió maquinalmente el sombrero, y miró el forro. Se puso lívido. Todo le bailaba á su alrededor: las sillas, el perchero, aquel florero. La vista se le nublabá, y las piernas se negaban á sostenerle. Iba á caer; hizo un supremo esfuerzo, y corrió hacia las habitaciones de su mujer. Y estaba ya dispuesto á penetrar en ellas cuando llegó hasta él el rumor de una conversación melosa. Entreabrió uno de los postigos, y percibió la voz de su mujer, en amoroso coloquio con otra, recia y varonil.

Volvióse á nublar la visa; martilleábanle las sienes. En un momento, vió truncada su felicidad. A su mente acudieron en desenfrenado torbellino numerosas ideas de venganza. La separación de la adúltera que jugaba con su honor, como el mar juega con las barquillas... ¡La muerte!... ¡Oh, la muerte!; cobrar decisión. Tranquilizése un tanto.

Tornaron otra vez las ideas á martirizarle; la frente ardía; á su mente acudieron en bullidora zarabanda los recuerdos de otros tiempos. La vuelta

LOS QUE TRABAJAN DE NOCHE



—Bueno, Julita, perdóname por esta noche, y no te enfades. Ten siquiera dos dedos de sentido común.

—¿Si creerás que con dos dedos hay suficiente para toda una noche?...

al poderío de las patronas, su ostracismo entre las cuatro paredes frías de su habitación en las casas de huéspedes. Surgieron nuevas ideas.

Ahora, el escándalo... ¡Oh, el escándalo! Esto era lo que más temía. Veríase escarnecido por la chusma, que le señalaría con el dedo y despreciaría como cualquier alimaña.

Decidióse á optar por esperar en su despacho que la «visita» se marchara. Pasaron una hora, dos, tres; ¡nada!... Acordábase del monte de caza, la cabeza del ciervo; ¡sarcasmos de la vida! Volvíale á punzar el honor... ¡el honor!, ese mal bicho á quien hay que

defender, aun á trueque de perder la felicidad...

Ya desesperaba, cuando, de improviso, hizo irrupción en el salón su mujer, más esbelta, más bonita, si cabe, que nunca.

Palideció de nuevo.

—Tú... ¿Has vuelto?... Y sin avisarme... ¿Habrás llegado ahora?

—No, no... Hace ya dos horas..., tres horas, que llegué.

—Tres horas... ¿Entonces?

—Sí, sí... Nada... Te oí hablar, ¿sabes?, y... no..., nada, nada...

Y gruesas gotas de sudor caíanle por las mejillas al bueno de don Homobono, mientras á Julita temblábanle las carnes y una honda palidez acudía á su rostro.

—Una visita..., phsé..., tu amigo l'ernando, nuestro amigo...

—Ya lo sé, sí..., ya lo sé—balbuceó don Homobono.

La ladina Julia preveía la catástro-

¡CON CONFIANZA!



—¿Y por qué te vas tan corriendo?
—Porque va á venir su señora, y, á lo mejor, sobro aquí...
—¿Qué has de sobrar, hombre! Menos mal si tiene bastante...

MARIPOSEANDO



—Te voy á cazar como una mariposa; pero teniendo cuidado de no quitarte el polvillo.

fe. Echóle los brazos al cuello, mimosa, dulce, apasionada.

Preguntóle:

—Cuenta, cuenta... ¿Cómo has pasado estos días, lejos de mí, de tu mujercita?... O, si no, ven; vamos á mi habitación, á nuestra habitación, y me lo contarás todo, todo...

Y aquel magnánimo esposo, á quien su diabólica media naranja tenía apasionado contra su hermosísimo cuerpo, dejóse conducir por la voluptuosidad de la hembra, embargado de amor y columbrando en la negra y espesa andadura de los años una llama de fiebre y de deseo...

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.



CORAZON

■ Corazón: ¿quién te roba la alegría?

■ Corazón: ¿quién te burla y te escarnece?

— No latas, con piedad, que me parece tu latir la ansiedad de la agonía.

Asómate á mis labios, que ya el día, entre albores de púrpura, amanece; que ya el sol, todo lumbre, resplandece con presagios de amor y de poesía...

Hoy vendrá la que ayer te ha cautivado; la que ayer, al marcharse, te ha dejado herido para siempre mortalmente...

Y besarán tu herida los rubios de sus labios sensuales... Mas ¿no ríes?
¿No te alegra el retorno de la ausente?'

JOSÉ M. BRAÑA.

INDISCRECIONES GALANTES

Adela Lulú.

ADELITA Lulú es una monísima criatura que realiza el prodigio de ocultar sus años con una asombrosa facilidad que encanta, fascina, subyuga y arroba.

Parece una delicada figulina de biscuit, tan suave, tan blanca, tan añiñada, que, al verla, se siente el ansia de entonar un canto al tocador por la gracia exquisita con que rejuvenece y brinda frescuras de pétalo a las mejillas de las rosas.

(¡ Oh, gracia femenil, qué encantadoramente pícara eres!)

Adelita Lulú, además de estas virtudes, ó acaso por estas gracias, es una cupletista de fama, mimada por el público, querida por las Empresas y embellecida por los diamantes que las manos generosas de sus admiradores pusieron sobre las rosadas transparencias de sus carnes gloriosas.

Carnes de artita, que vibraron en rastrallazos de pasión a las caricias de mil ojos que las besaban; carnes va gradadas que pusieron martirio en otras carnes, consumidas en ansias, encendidas en deseos, al sentir la tibieza tentadora en las pupilas...

Las carnes de las artistas — perdonadme esta divagación filosóficosicalíptica— son flores del mal, que, aromando, torturan, y, besadas, matan. (¡ Oh, Baudelaire!)

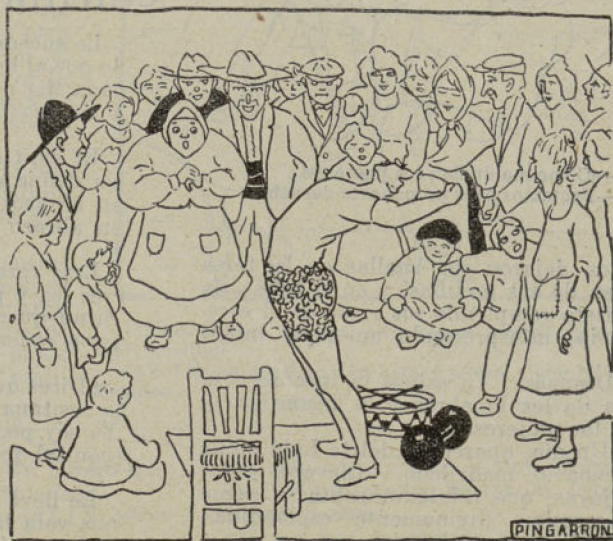
Iba diciendo que las carnes rosadas de Adelita Lulú se embellecieron con los mágicos destellos de unas joyas espléndidas— como su cuerpo—, y quería decir que esas carnes fueron en un tiempo, por fortuna lejano, besadas por los ojos lujuriosos de los gafanes en un escena-

rio de una pequeña villa del Norte. Entonces, Adelita Lulú no llevaba más joyas que aquella lindísima que parecía carne de su carne y cara de su cara...; no era cupletista de fama; no sabía exquisiteces de tocador; no había recibido los dos besos mágicos que espera la artista: el de la gloria y el de las joyas.

Adelita Lulú, la futura estrella, cantaba unos cuplés muy malos en el escenario de un viejo caserón— ¡Romea?, ¡Las Columnas? ¡Qué más da?— de Bilbao. A escucharla iba todas las noches un conocido almacenista de aceites, y cuando ella, con su carita de niña triste, modestamente vestida, se encaminaba calle de las Cortes abajo, acompañada del fabricante, mientras nuestros ojos la perseguían en una admiración de provincianos y artistas, sus compañeras arañaban su cuerpecito de rosa, donde los besos de un enamorado se rompían en ofrenda.

Y al día siguiente, en los ojillos negros, diminutos, de Adelita, había un refulgir de gloria; pero no de esa material de los deseos satisfechos... Era esa otra, roja como un incendio, que el amor alienta, Adelita amaba; ama-

NÚMERO DE FUERZA



—Señores: se carga la silla y dos mesas; luego, se carga las bolas, y, después, se carga á su señora, que pesa 150 kilos...

ba soñando, con la vida quieta, humilde, tranquila, de la mujer dueña del hogar, de la esclava del hombre...

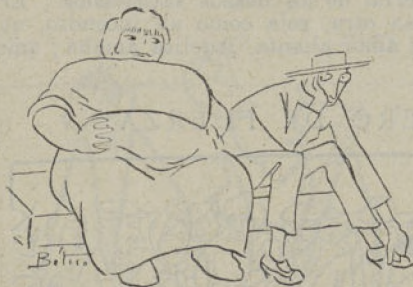
Y un día, Adelita desapareció del tablado. El almacenista de aceites, inflamado de amor, hacía realidad los humildes sueños de la artista humilde.

Y vimos á Adelita Lulú vistiendo el traje de la burguesa por las calles de Bilbao. Era una señorita modosa, bella por su juventud, que paseaba por el amable paseo de la Gran Vía 'as tardes de sol...

Su cabecita niña se ocultaba en esa mantilla sin expresión de las niñas de la clase media... Había perdido su encanto al faltarle las blondas de la otra blanca, como una flor, puesta sobre la lujuria del traje, sangre y oro.

Siempre iba acompañada, y al ver los rostros de la anciana y el bebé que á su lado iban, se figuraba uno ver en la anciana á Adelita Lulú cuando los

LAS HAY LINCES



—¡Cómo me duelen los juanes!..
—Pretextos para no ponerte derecho.

años dejaron sus huellas en la tersa rosa de sus mejillas, y en el bebé... la artista rompiendo sus risas en el escenario, interpretando un cuplé infantil...

Después... Ya sabéis la inconsecuencia de los hombres y la inconstancia de las mujeres...

Un día, apareció Adelita Lulú en un escenario madrileño... Llevaba sedas y joyas, que refulgían sobre su carne nacarada, divinamente espléndida grandiosamente hermosa...

No vimos ni á la anciana ni al bebé... Su mirada amorosa, tímida, habíase tornado destellante, grande, 'u-

mínica, triunfal... Pero sobre ella cruzaba el velo de un recuerdo que era un mordimiento...

¿Quién pagó academias, bombos de Prensa, sedas y joyas? ¿Quién poseía el tesoro de su amor? Se habló de un torero, de un aristócrata, de un millonario... ¡Misterio!... Y el cuerpo soberbiamente hermoso de la artista glorificada en un escenario madrileño— que antes besaron los ojos lujuriosos de los gañanes en el escenario de un viejo caserón de una villa del Norte— se adormecía dulcemente en el raso de los almohadones de un automóvil que cruzaba por la Castellana...

¡Oh, divino poder del dios ciego de la leyenda, tan querido á pesar de su inconstancia y de su crueldad!... Su caricia es ventura; su ingratitud, fortuna...

Hoy, Adelita Lulú es artista admirada... Si fuera posible sondear su alma femenina, ¡cuántas lágrimas entre sus repliegues ocultas!...

Adelita Lulú se ha de acordar en su gloria triunfal de aquella burguesita feliz que adoraba á un bebé...

FANDOR.



CANTARES BATURROS

Le sucede á mi «mañica»
lo que al mango de la «zada»:
cada día está más suave,
á «juerza» de «manejala».

El cura de mi lugar
así define el pelliczo:
un abrazo con los dedos;
un abrazo «chiquitico».

Eres «probe» y orgullosa,
eres fea y presumida.
Si no «jueras» como eres,
¡qué «güena» chica serías!

¡Dices que es «mu» chiquitica
la ventana que da al campo?
Yo soy poco «dexigente»...
¡con tal que coja la mano!

Le llevó no sé á qué santo
una vela la Gaspara...
(¡«Pa» qué se la llevaría,
si tiene el «santo de espaldas»?)

LUIS SANZ FERRER.

EN LOS NUDILLOS

El inquieto lápiz de Marín.

RICARDO Marín, el dibujante del movimiento, se ha hecho hombre de «entre bastidores».

Y á las bellas «divettes», «diseuses» y «chanteuses» les ofrece dibujarlas en pleno movimiento.

Pronto veremos, pues, glorificado por el lápiz magno de Ricardo Marín la «rumba» de Chelito, el molinete de la Cachavera y la «matchicha» de Floripondia. Si no vemos más que esos movimientos, la cosa no es grave del todo. Si Ricardo Marín traspasa los límites artísticos, Dios y el fiscal nos protejan.

Porque ¡sí que es broma la de Marín yéndose en busca de «movimiento» al campo varietístico!

El doctor Agre.

No renunciamos al deseo de inmortalizar al doctor Bombarda.

Este famoso médico, ilustre redactor de un popular rotativo madrileño, salió la otra noche del periódico con el sombrero de paja, que, por lo grande, parece el «hangar» de un «zeppelin» echado sobre el cogote, á lo charrán, y enderezó sus pasos hacia la Dirección General de Seguridad en busca de noticias para la sección de sucesos.

Ya de vuelta, y mientras emborrataba cuartillas con su proverbial pesadez, llamaron al teléfono, y el repórter de otro periódico le pidió datos acerca de un homicidio realizado pocas horas antes.

—No tiene importancia...—
—telefoné con campanuda voz el doctor Bombarda—. Un obrero que le pegó á otro siete puñaladas.

—¿Quién es el homicida? ¿Y cómo se llama la víctima?

—¡«Cagamba»!—Bombarda está refido con la «erre».— Pues no lo sé, porque en mis notas he puesto José

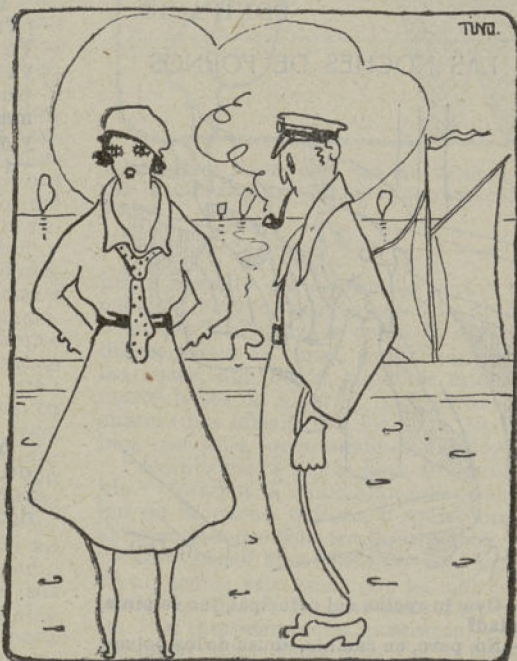
González, «agre», y Juan García, «agre», y no me acuerdo quién es el «agresor» y quién es el «agre...dido».

Un diluvio de cuartillas y una docena de tinteros cayeron sobre el pobre Bombarda.

Propuesta de ascenso.

Excelentísimo señor jefe superior de la Policía de Barcelona: Ahí, en la Ciudad Condal tiene su señoría un subordinado que se llama D. Manuel Aniesa Pelayo, á quien hay que ascender inmediatamente.

PRECIO FIJO



—¡Buen día de regatas! ¿No piensa usted regatear hoy, Adelina?

—¿Yo? Ni un céntimo. Los que regatean siempre son ustedes...

Su celo policíaco no le deja dormir. Se ha propuesto borrar al propio Sherlock Holmes.

¡Como que en cuanto se le niegan dos duros, ya está denunciando!

«Favorita», la encantadora artista, dará detalles á su señoría cuando guste.

Es una de las denunciadas, y su denuncia la formula... ¡porque dicha artista cantaba un «couplet» sin el permiso de su autor!

¡El ascenso! ¡El ascenso!

Un nombramiento.

Ha sido nombrado redactor-jefe de «La Semana Católica» D. Prudencio Iglesias Hermida.

Y va está componiendo el formidable escritor el elogio del Papa... José-lito I.

Después, contará en «La Semana Católica» la «Historia de los Jesuitas» y «El robo del copón de Venecia».

«El robo del copón» es capaz de atribuírselo á Ezequiel Endériz.

BONIFACIO.

LAS NOCHES DE FORNOS



—Oye: tu vecina del principal, ¿no se pin'a, verdad?

—No; pero, en cambio, abusa de los polvos.

MIS CUPLÉS

¡Suerte que tie una! ¡Psah! (1)

(CREACIÓN DE LA IDEAL «CHELITO»)

I

Lo que yo quería,
lo que yo anhelaba,

lo que apetecía,
lo que deseaba,
lo que tantas veces
había «soñao»,
ya lo he conseguido,
ya lo he «realizao».

Un tórero de «tronio»,
un espada de cartel,
hoy me ha dicho que quería
que me casara con él;

que mis ojitos
le vuelven loco
porque le saben
mirar así;
que en estos labios
está su dicha
como mi boca
diga que sí.

Yo estoy loca de alegría.
¡Ya tengo un novio torero!
Ya hablará de mi la gente;
ya tendré fama y dinero.
Cuando vaya de su brazo,
más de una me envidiará,
y yo les diré orgullosa:
—¡Suerte que «tié» una!... ¡Psah!

II

Quando los carteles
anuncien su nombre
y se llene el circo
por ver á mi hombre,
yo, con mi Manila,
á la plaza iré,
y de sus faenas
testigo seré.

Y cuando llegue la hora
de darle muerte al buró,
con la montera en la mano
dirá, al ver que allí estoy yo:

—Brindo la muerte
de este «morlaco»
por el cariño
de mi cariño
de mi «gachí»,
que es en el mundo
«too» lo más grande,
lo más hermoso
que hay para mí.

Y al mirar cómo se arrima,
dirán las mujeres: «¡Bravo!»
Y al matar, pedirán luego
las orejas y hasta el rabo.

Y si más de una me envidia
porque para mí será,
yo le diré con orgullo:

—¡Suerte que «tié» una!... ¡Psah!

(1) Música del maestro Francisco Hervera.]

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

La hora romántica ⁽¹⁾

Es al anochecer de un día de sol.
La hora romántica.

Los pájaros han callado. Del mar, no muy lejano, que parece una gran masa negra partida por el riel de la Luna, viene á mis oídos el rumor de las olas. La Luna dirías que es una gran lámpara colgada sobre la Tierra, y su luz, la larga cabellera blanca de una enamorada que hubiera envejecido esperando la vuelta del amado ausente.

Estoy en el grande y laberíntico jardín de nuestras citas. Me he sentado en el rústico banco de roble donde tú me esperabas todas las noches; — ahora, dentro de poco, turbará el silencio el silbido del tren, del tren maldito, porque nunca llegaba al lugar ansiado. Nuestro banco «sagrado», como tú le llamabas, parece esperarnos á los dos. ¿Te acuerdas de este lugar, donde tantos enamorados se han dicho, como nosotros, sus amores, y donde nosotros nos juramos entre besos ser el uno del otro eternamente? ¿Te acuerdas cuando, apoyado sobre tu pecho grácil y suspiroso, con voz de mate y velada, balbuceaba unas palabras y te tomaba entre las mías tus manos para acariciarlas y besarlas? Tú eras siempre quien primero hablabas y me contabas las horas de tu vida durante el día; yo escuchaba maravillado y feliz tu charla infinita y dulcísima. Luego, rompía á hablar yo, ó, mejor dicho, te hablaba mi corazón por mis labios, y con nuevas palabras y más vehementes decires, te susurraba quedo, muy quedo, la «cantinella» melosa y eterna de mi amor. De mi ardiente y sincero amor... ¿Te acuerdas? Yo me miraba en tus ojos ansiosos y llameantes, cuya dulce y escrutadora mirada me alentaba para el áspero camino de la vida, y me prometía un porvenir de amor y de felicidad?... ¿Te acuerdas? Entonces, tus ojos dorados, agrandados por las grandes, eternas y negras ojeras naturales, desmedían á mi alrededor una divina luz de reflejo tan inmenso como inmenso es el horizonte cuando el corazón ama y espera.

¿Te acuerdas de cuando me interrump-

LAS MIRADAS «IMPERIO» (MODA)



EL.—Hace «usted» pero que muy bien en tener la mirada dura. ¡Así hará «contraste con el pecho!»

pía á menudo para esconder entre tus cabellos negros, negros como la noche, ó en tus labios, rojos como la sangre, dulces como la miel, fragantes como las rosas, mis besos, aquellos mis primeros besos de amor. ¿Te acuerdas de cuando me ofreciste á los míos tus labios malditos, pequeñísimos y golosos?

Precipitóme á aquel beso interminable — terrible la embriaguez del perfume de tu carne morena y anhelante y el misterio de una traidora noche de verano. Aquel beso hizo mayor la llama de mi amor, este amor que ha sido más tarde mi dolor: te quería tanto, tanto... Tú también decías querermelo, y me hablabas con vehemencia de tu amor, y te me quejabas de mi carácter voluble é inconstante. Tú decías padecer tanto por mi proceder donjuanesco, porque tan pronto te loaba los negrismos crines de otra mujer morena, como parecía suspirar por las guedejas rubias de una damita blanca, y te enfurecías porque me volvía al oír una amplia y argentina carcajada, ó porque me abandonaba cautivo de una mirada bella y mortífera ó de una voz ardiente y cariñosa. Pero no era tu amor quien se quejaba: era tu orgullo; y no

(1) Fragmento de una novela de próxima publicación.

querías saber que cuantas más mujeres se conocen y tratan, más se quiere a la nena de nuestros quereres, si es amante y cariñosa, como han de serlo todas las que sienten amores. Así te lo demostro traba yo con mi infinita ternura y con mis plegarias de amor donde te daba mi alma. Tú, entonces, cogías cariñosamente mi cabeza, y me besabas en los ojos y en la boca como sólo el amor besa. Y yo, que te creía, quería amarte más y más. Todavía mis labios están perfumados de tus besos, y aun conservan las huellas de tus mordiscos amorosos. Todavía me hace delirar el recuerdo de tus desmayos de amor, entre mis brazos encadenados férreamente al rededor de tu cuerpo tentador y febril. ¿Recuerdas, morucha mía, cuando, sin saber cómo, nos encontrábamos presos entre nuestros brazos en el gran silencio que apenas era turbado por el rumor de las hojas que se estremecían bajo la caricia caliginosa y extenuante de un viento de verano?

¡Oh! La obsesión de tan gratísimos recuerdos me tortura, y he de abandonar el lugar donde sentí el primer gran desengaño. No por ti concebido, sino por los que te rodeaban, conspiradores á una contra mi felicidad al señuelo de un viejo pajarraco venido de América riquísimo, y cuyas intenciones respecto de ti no se le escapaban á tus interesados parientes.

Una noche, ¿recuerdas?, hablando contigo, experimenté un gran sobresalto, que tú extrañaste. Ocurrióme en el momento en que tú me jurabas por millorésima vez que me querías á pesar de todo. Sin embargo, al día siguiente, yo ya no vine, y tampoco los demás días, y ello fué porque mientras tus labios entonaban la dulce canción de amor, volvían á mis oídos y á mi corazón las terribles confidencias que por la mañana me había hecho la persona amiga respecto á lo que tu madre había pactado con tu ignorancia con el viejo pretendiente aquel mismo día.

La certidumbre de tamaña infamia,

LA AFICIÓN



—Gachó, si todas las «viras» fuesen así de largas, iban á salir los vestidos casi de balde. ¡Con una cuarta de esas tentamos nosotras bastante!

que para siempre labraba mi desventura, me dejó anonadado, y sólo se me ocurrió, para alivio de mis penas, huir á tierras lejanas. Pero en todas partes me seguía y me atormentaba el recuerdo y la añoranza de tantas horas felices pasadas á tu vera queridísima, ovéndote y mirándote ó sorbiendo en tus labios tu beso de amor y de muerte. Tu voz melosa y lejana resonaba muy cerquita de mis oídos su «cantinel-la» dulcísima y prometedora, que, al no verte, hacía mi vida imposible y amarga.

Un día, en los papeles que llegaban de nuestra tierra, supe en Francia que te habías casado con el indiano viejo y asqueroso que se hizo rico con la «trata de blancas».

¡Ah! ¡Cómo abominé de tus caricias, de tus cabellos negríos, la inefable delicia de mis ensueños! ¡Y cómo abomino de tu figura morena, pomposa y perversa, y maldigo tu recuerdo, que por no haberte conocido y amado daría lo que me resta de vida, con todo y que mi vida empieza ahora. Que aunque contigo ne conocido días felicísimos, mal podré vivir feliz ahora con el alma adolorida, cuando ya las más bellas flores de mi alma han florecido y se han marchitado sobre tu recuerdo.

En eso no piensas tú. ¡Oh, no!...; es claro: porque te faltaría tiempo para inventar y fingir una nueva caricia, necesaria para enardecer los deseos del vejete poseedor de tu cuerpo, á quien tus padres, tratándote como una infeliz obediente á su mandato cuando los intereses de la familia peligran, te vendieron á cambio de pasar una vejez aburguesada, merced á la tragedia de tu vida. Ahora te debes á él, al brutal chivo viejo que una noche perfumada y dulce profanó la primavera de tu vida, tu excelsa y fragante juventud, y marchitó la floración de tu cuerpo, apenas iniciado en los misterios del amor.

¡Mi venganza respecto de ti será tu infelicidad! ¡Y respecto de él?... Ser tú quien eres.

Pobre mujer, pobre mujer... ¡Te acuerdas?

FRANCIS FONT-PERXES.

Chascarrillos y epigramas

A una danzante muy bella
le hizo un retrato un pintor,

ALMAS HEROICAS



—Pues si el alcohol es peligrosísimo para la salud, ¿por qué me pides dinero para ir á la taberna?

—Porque yo soy un héroe y el peligro me atrae...

—Lo que tú eres, ya lo sé yo...

y estando un día en Estella
se lo robó Nicanor.

Nicanor, casi de balde
se lo vendió á un sacristán;
lo supo el señor alcalde,
y dió parte al capellán.

El capellán vió el retrato
con extraña admiración,
lo halló bonito y barato
y le echó la bendición.

Pasó por el pueblo un fraile,
y les dijo muy formal:
—Si á mí no me engaña el baile,
es hija de San Pascual...

Hoy, en la villa de Uclés,
la gente, que es muy ladina,
se encuentra siempre á los pies
de la gentil bailarina.

Y arrimado en un rincón,
aguantando las chacotas
de algún devoto guasón,
se halla San Pascual Bailón
sin un buen par de devotas
que recen una oración.

LUIS ESTESO.

Cuentas viejas contadas por un mozo

Farolillos á la Veneciana.

LA abundancia de la cosecha, y, por ende, el buen humor reinante, anunciaban á Villamelocotones de Abajo unas fiestas como hacia muchos años no se conocían. Bullía el pueblo de forasteros y viandantes, y todo hacia eperar una semanita divertida.

En acecho de las prodigalidades que estas fiestas pueblerinas traen consigo, había acudido buen número de comerciantes de poco pelo con gran acopio de quincalla. Uno de los primeros en llegar fué Juanito «el Garboso», que desde muy temprano hasta que el sol se ponía ambulaba por las calles y

LA MANÍCURA



—Todas las uñas las tiene usted bien menos la del índice de la mano derecha.

—La culpa la tiene mi marido...

plazas de Villamelocotones, pregonando á voz en grito su mercancía:

—¡Faroles, farolerito, faroles!... ¡De todos los colores vendo faroles!...

Y, en efecto, en un pañuelo que pendiente del brazo llevaba había unas cuantas docenas de farolillos á la Veneciana, obligado adorno de patios, fachadas, bailes, verbenas, etc.; é imprimía tal cadencia á su pregón, que más de un desocupado transeunte se paraba en escuchar. Tal era la costumbre de Manolita, la del notario, que, no contenta ya con oírlo, entreabría las persianas para ver la casi arrogante figura de Juanito «el Garboso». ¡Vaya! ¡Que había diferencia entre aquel mocito y su marido!

do!... Un poquitín de rabia le daba al recordar cómo, hacia un año, había entregado su retrechero cuerpo de veintitrés primaveras al vejestorio aquel de don Lesmes. Y todo por el maldito dinero. ¡Cochinas perras!...

Un día, pareciéndole, sin duda, de mal gusto figonear detrás de la persiana, al escuchar la voz de Juanito «el Garboso», salió al balcón, y en él se estuvo sin quitar ojo del quincallero hasta que éste dobló la esquina. ¡Ea! Que le gustaba el farolerito; y que le gustaba, y que le gustaba, y que... Si ella fuera hembra de agallas... Y ahora que su marido estaba en la capital con aquello del testamento de la marquesa... Era un atrevimiento, sí; pero había que atreverse.

A la tarde siguiente, á eso de las cuatro, se oyó una voz que, desde lo alto de la calle, decía:

—¡Faroles, farolerito, faroles!... ¡De todos los colores vendo faroles!...

—¡Ya está ahí!—exclamó gozosa Manolita; y salió al balcón. No tardó mucho en pasar por la acera de enfrente Juanito «el Garboso»... ¡«El Garboso»!... ¡Vaya un mote bien puesto!

—¡Faroles, farolerito, faroles!...

—¡Oiga, farolerito!—gritó Manolita.—¿Quiere subir unos instantes?

—Con mil amores, niña—respondió el vendedor, lanzándola una picaresca mirada.

—¿Hago mal en esto?—se preguntaba en tanto Manolita—. No; en esto no hay pecado: es una cosa natural el que yo quiera comprar unos farolillos para adornar mis balcones.

—Usted dirá si se puede...—dijo en aquel momento Juanito «el Garboso», asomando la cabeza por la puerta.

—¡Pero que hasta la pared de enfrente!—respondió Manolita.

—Pues aquí estoy, y que me ahorquen si sé para qué me ha llamado usted.

—¿Qué dice?...

—Que no comprendo la falta que le harán farolillos á la que tiene por ojos dos luciérnagas.

—¡Jesús!—exclamó Manolita, satisfecha del giro que tomaba aquello.—¿Es usted andaluz?

—No; que soy del mejor pueblo de España.

—¿Y es?...

—¡ Si somos paisanos!

—¡ Olé! ¡ Ya me lo figuraba!

A una invitación de Manolita, tomó asiento «el Garboso», y allí se desató en elogios de los Madriles:

—Hace ocho días que salí yo, y, á pesar de que el negocio marcha bien y no puedo tener queja de este pueblo, me iba entrando una murria y un mal humor... Como que si no se le ocurre á usted llamarme esta noche, en la posada, me da algo; bueno: de todas formas, voy á pasar hoy una nohecita de prueba, atormentado por el recuerdo de ese cuerpo, que parece un borracho en el apogeo de su papalina...

—¿...?

—Como hace tantas curvas...

—No puede usted negar que es madrileño.

—Ni puedo ni tengo por qué negarlo, Virgen de la Paloma rediviva.

—¿ Hace una copita de lo blanco?

—¡ Venga la gracia de Dios!

Sacó Manolita una botella y dos vasos; y después de beber, continuar su agradable charla.

—¡ Bendita sea la hora que encontré una madrileña tan requetearchisuperrolíficamente hermosa, y que no olvida á sus paisanos!

—¿ Olvidarlos? ¡ Olvidar yo á mi Madrid? Desde el día que me enteré que el pendón de Madrid era morado, hasta las ligas las llevo de ese color.

—¿ No se «desagera»?

—¡ Hombre! Siento no poderse las enseñar...

—Pues qué: ¡ tan estrecha es la falda que no se puede recoger un poquito?

—Las llevo muy arriba.

—Mejor que mejor.

Que sí, que no, que oye, que escucha, que toma, que daca..., diez minutos más tarde, y al pie del lecho conyugal, se convencía Juanito «el Garboso» que Manolita no le había mentido.

¡ Y que no era bonita la mujer del notario! Había que verla en ropas mínimas, la cara muy encendida y los labios, más rojos que nunca, pidiendo un beso.

—¡ Nada más que uno? ¡ Allá va un ciento!

Y eran besos ó, más bien, mordiscos.

—Oye, nene—musitó ella—: ¡ como es eso de ¡ Faroles, farolitos!...?

Y Juanito, ciñendo el leve talle con un brazo, gritó:

—¡ Faroles, farolerito, faroles!... ¡ De todos los colores vendo faroles!...

—¡ Ay, chiquillo, cómo te quiero!

¡ Y qué ajeno estaría don Lesmes, el notario, de que un quincallero profanaba la santidad del conyugal hogar!

—Nene, nenito, oye..., di lo de los faroles...

Y Juanito dijo, haciendo un violento esfuerzo:

—Faroles..., faroleriiiito..., farooles!...

—Más, más...; lo que sigue...

Pero Juanito no podía más; y, sin embargo, Manolita, que se hallaba próxima á uno de esos instantes en que se da gracias á Dios por haber nacido, presurosa, demandaba:

—¡ Anda..., más..., faroo!...

Y Juanito «el Garboso», trabajosamente, sólo pudo articular:

—Fa..., fa..., fa..., fa...

—¡ El demonio del hombre!—exclamó Manolita, rechazándole con ímpetu, pues ya maldita la falta que le hacía—. ¡ Ha tomado usted mi cuerpo por un método de solfeo?

LEOPOLDO CASTROJERIZ.

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgías del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirijanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores librerías y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid